

Las Dominicales

SEMANARIO LIBRE PENSADOR

Órgano de la Federación internacional de Librepensadores en España, Portugal y América.

No maten, no hurten, no mienten, no prevariquen, honra a sus padres, no suma, cumple la ley de Dios, amándole y sirviéndole.—Moteo.
La fuente de la vida es la ciencia. En caso de duda, el juez supremo es la conciencia.—Moteo.
Conócete a ti mismo.—Sócrates.
Trabaja para extirpar el mal. Embellece la tierra cubriéndola de vegetales y animales útiles.—Sócrates.
*Todos los hombres son iguales. No hay otra diferencia entre ellos que la virtud que poseen.—Budá.
Amamos los unos a los otros.—Sed perfectos como nuestro Padre que está en los cielos.—Jesús.
La piedad no consiste en levantar el rostro hacia Levante ó Poniente. Piedoso es el que socorre á los huérfanos, á los Pobres, rescata los cautivos, observa la oración, la limosna, se paciente en la adversidad. El que se justo y teme á Dios es sumamente misericordioso.—Moisés.

El primero que llama, le sigue que arrastra su caña, el mago que desmenuza sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el monje que ora y ayuna.—Luzero.
Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor, fraternales, todos solo hermanos.—Voltaire.
Haz el bien por el bien. No empieces jamás la humanidad con un simple medio. Respálate como un fin.—Kant.
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—Krossus.
Que la verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se desmenuze los tiempos y caigan los cielos por los truenos, y se agorren bajo el fuego los adoradores del verdadero dios ó de los ídolos, yo me quedaré en calma, como un templo en medio de las tormentas.—Luzero.

AÑO IX

PRECIOS.—Madrid: Trimestre, 2 pesetas. Idem Provincias: 2,50 Idem. Extranjero: Año, 12 Idem. Ultramar: Año, 8 pesetas oro.—Número suelto corriente, 10 céntimos de peseta.—Idem Idem atrasado, 25 Idem.—A los vendedores, 6 reales la mano.

MADRID

Viernes 7 de Febrero de 1908.

Oficinas.—Calle de San Mateo, 18, 2.
Toda la correspondencia, sea de redacción, sea de administración, se dirigirá en esta forma:
Fernando Lomano. Apartado 108.—Madrid.
La Redacción no devuelve los manuscritos, ni responde de los artículos firmados.

Núm. 383.

LOS RESPONSABLES

Reata de topos y turba de necios ó malvados; entre todos le habéis sacrificado, los unos con vuestras adulaciones viles á la dictadura, los otros con vuestro silencio cobarde.
Nosotros, no. Nosotros no tenemos ni sombra de culpabilidad.
Nosotros lo hemos voceado desde aquí: detenos, volved el pie atrás, caminais al precipicio.
Nuestros gritos eran tales que llegaron hasta Lisboa, penetrando en el palacio de la Dictadura. Allí resonaron nuestras palabras: «No puede ser, no puede ser», repetidas una; dos, muchas veces en un mismo artículo, para que se oyeran bien. En vez de escucharnos, se envió orden al embajador portugués en Madrid para que nos hiciera denunciar, como en efecto se hizo.
No; eso no ha sido un crimen anarquista.
Ha sido la sanción decretada en el artículo 27 de la Declaración de los Derechos del Hombre.
La sentencia la dictó Juan Franco con su propia mano y la promulgó en *Le Temps*, de París.
Ese periódico inmundo; traidor al pensamiento justiciero de su patria, el más alto que haya cruzado por la mente humana, comparte con Juan Franco la responsabilidad de esa hecatombe.
Si *Le Temps* devuelva á Juan Franco el documento, diciéndole: «Por todo el oro del mundo, no se convertiría este honorable periódico en Gaceta portuguesa, para promulgar un decreto en que se arranca á un noble pueblo su soberanía inalienable é imprescriptible», Juan Franco se detiene en su carrera desenfundada y el crimen de Lisboa no se consuma.
Acordáos del efecto producido por ese decreto en un hombre honorable y sabio como Augusto José de Cunha, presidente del Senado, exministro y profesor del rey: «Rasgada la Constitución—dice—, ó mejor, despedazada por las declaraciones que el rey acaba de hacer en *Le Temps*, YO NO PUEDO SER MÁS MONÁRQUICO. NO PUEDO. NO LO SOY. NO LO QUIERO SER.»
[Medic bien la profundidad de esas palabras enérgicas, repetidas, contundentes! ¿Véis bien la hondura de la herida que *Le Temps* abrió en el alma portuguesa?
De su parte, otro senador que lleva un apellido ilustre en Portugal, el Sr. Braamcamp, dice:
«Lo que acaba de pasar me enoja; mas no solo me enoja, me irrita, me incomoda», y se declara, como Cunha, republicano.
Si esta irritación honda, profunda, exacerbada, se producía en las almas de los hombres más cultos y experimentados de Portugal, ¿qué no sería en las almas de los humildes, donde hierven todos los fermentos de los odios seculares contra el despotismo y rugen las pasiones vengadoras como los tigres y los leones en el desierto?
Juan Franco con su decreto hizo, sin duda, sacudir esos brazos y crispas esas manos que han esgrimido el arma homicida contra los reyes.
No; no se trata de un regicidio cometido por anarquistas que matan por matar, sin odio al asesinado; á fin de conquistar notoriedad y sembrar el terror como los inquisidores. Se trata de un tiranicidio decretado por Juan Franco al poner fuera de la ley, convirtiéndolo en tirano, al que era legítimo rey constitucional.

LA TRAGEDIA

He aquí cómo telegrafían desde Portugal el *Heraldo* el cuadro de la tragedia:
«Lisboa 2 (3,30 m.).—He aquí la versión de lo ocurrido más aproximada á la verdad, según la mayor parte de las informaciones»

El tren real salió de Villaviciosa á las once y treinta y cinco de la mañana, con los soberanos, sus invitados y la servidumbre palatina. El rey vestía uniforme de generalísimo; la reina tocábase con un sombrero negro y se envolvía en un recio abrigo de pieles de marta, y el príncipe heredero llevaba gabán y sombrero de copa.
El viaje se hizo sin el menor incidente hasta que al llegar el tren al pueblo de Casa Branca al entrar en agujas, descarrilaron la máquina y dos furgones, sin que hubiese que lamentar ningún desastro.
Esto causó un pequeño retraso, y el vapor *Don Luis* esperó en Terreiro más de una hora.
A las cinco menos cuarto habían llegado á la estación el infante D. Manuel, con el vizconde de Asseca, y el infante D. Alfonso, á quien acompañaba el capitán Senna.
En la estación había infinidad de personas y era también enorme la multitud que se apiñaba en las calles, aglomerándose bajo las arcadas del lado oriental, junto á los ministerios de la Guerra y de Hacienda.
Fueron cordones de policías, muchos de ellos agentes de la judicial y de la preventiva, contentas al pueblo, al mando de sus jefes.
Un ambiente de recelo y temor pesaba sobre el público, haciendo presagiar algún hecho siniestro.
Los grupos discurrían desconfiados, y leía-se en muchos rostros una gran ansiedad.
Cuando llegaron los dos infantes, el hijo y el hermano del rey, á la estación, fueron alegremente recibidos, rodeándolos varios familiares, los ministros y otras personas de calidad, que les dirigieron los más afectuosos cumplimientos.
Don Manuel trata en la solapa un lindo ramo de violetas.
Estuvo algún tiempo en el recinto reservado á los viajeros de primera clase, donde aguardaban las damas de la Corte, y luego salió á los andenes y conversó con distintas personas.
A poco atracó el vapor, y vióse en el Terreiro do Paço un movimiento de curiosidad entre el público, avanzando toda la gente que venía al puente para ver á los regios viajeros.
En la próxima aglomeraba la servidumbre; los reyes venían sentados en la popa.
La primera que desembarcó fué la reina. Dirigióse al infante D. Manuel, preguntándole en portugués que si había recibido un telegrama. Respondió afirmativamente; le besó doña Amelia, y en seguida cumplimentó en francés á D. Alfonso, que le respondió en la misma lengua.
Desembarcó el rey, que dirigióse á Juan Franco, estrechándole efusivamente la mano y preguntándole que si había recibido el despacho en que le daba cuenta del descarrillamiento, y en seguida desembarcó el príncipe real, encaminándose todos juntos al salón de descanso.
Allí conversaron nuevamente, por espacio de diez minutos, el rey y el dictador, y terminada la conferencia se puso en marcha la comitiva.
En el pequeño recinto que hay entre la puerta de la estación y el arsenal, aguardaban los carruajes, estando destinado á los reyes uno á la d'Amont, arrastrado por dos magníficas parejas de bannoverianos.
Subió en primer lugar el príncipe; después, el infante, y luego el rey, que se mantuvo de pie hasta que la reina se colocó á su derecha frente al heredero del trono. Doña Amelia agitaba un hermoso ramo de camelias, rosas y otras flores naturales con esta dedicación, escrita en una cartulina blanca:
«A su majestad la reina D. Maria Amelia, mi querida madrina», su ahijada.»
El ramo le fué ofrecido, al desembarcar, por una niña vestida de azul, con mantilla negra, bastante hermosa, llamada Maria Amelia Teixeira.
Partieron los coches, y el pueblo los vió pasar imposible, silencioso, sin que provocara la vista de las personas reales ninguna clase de manifestaciones.
Muchos testigos de lo ocurrido vieron que al llegar los carruajes frente al último arco de la arcada del ministerio de Hacienda, donde hay un kiosco y donde acostumbran detenerse los limpiabotas, salió de entre la multitud, armado de un revólver, un joven bien vestido, pero con aspecto de obrero, que avanzó á escape, subió á la trasera del coche regio y disparó un tiro, que alcanzó al rey en

el tórax. Irguióse la reina, exhalando, como sus hijos, gritos de dolor y de espanto, y levantando la mano derecha, con las flores que le habia ofrecido su ahijada, comenzó á golpear al asesino, que disparó otra vez á boca-jarro sobre el monarca.
Don Carlos llevóse las manos á la cabeza y cayó inmediatamente sobre el lado derecho, mientras varias personas se arrojaban sobre el regicida.
Este, arrojado al suelo, disparó sobre sus agresores, sin hacer blanco, y una bala certera le remató.
Mientras esto ocurría, un individuo alto, de bigotes y barbas aborrecidas y negrísimas, que se hallaba apostado junto al ministerio, desemboscóse, empuñó una carabina y avanzando resueltamente hacia el coche real, cuyo cocher, loco de pavor, fustigaba á los caballos, disparó un tiro sobre el príncipe real, hiriendo en el rostro, y apuntando fríamente, con aterradora seguridad, le introdujo otra bala en el pecho.
Cuando iba á disparar por tercera vez, sin que nadie pensara en impedirlo, porque la sorpresa, el espanto y el dolor habían inmovilizado á los que al principio no buyeron, un policía valiente se lanzó sobre el asesino, consiguiendo desviar el arma, al mismo tiempo que un oficial, aleanzado en una pierna por un disparo de los revolucionarios, le abatió de una furiosa cuchillada en la cabeza.
De distintos puntos habían partido ya otros disparos, á los que respondió la policía haciendo varias descargas contra el pueblo. En medio de las balas arrancó á escape el coche regio, entre gente que gritaba de pavor, seguido á la carrera por los polizontes, y entonces llegó el infante D. Alfonso en su automóvil, lívido, desencajado, esgrimiendo un revólver, con gestos de loco, y siguió al carruaje que conducía á su hermano y que al galope dirigíase al Arsenal.
El momento fué horrible. Todos, pueblo y policías y guardias, perdieron la cabeza: Los más animosos, perturbados por el terror, quedaron como atontados. Unos corrian, otros pegábanse á las paredes, otros rodaban por tierra, empujados por los que huían; otros lanzaban gritos inarticulados, agitando como poseídos. Graveiro López, oficial de la policía, saltaba empujando un sable y pedía con voces desaforadas un caballo.
El pánico extendióse por las calles, y los comerciantes, atribulados y temerosos á la vista de los fegitivos, apresuráronse á cerrar sus establecimientos. En el Terreiro do Paço los coches chocaban, los caballos de los ordenanzas galopaban en tropel, la multitud golpeábase por huir en un «salvase quien pueda» infernal.
Algunos individuos habían sido presos; el cadáver del hombre de las barbas seguita en brazos de los polizontes, y otros dos cadáveres eran transportados por los agentes.
En el Arsenal.—Las dos reinas.—Más heridos. Un asalto.
Lisboa 2 (4 m.).—El carruaje Real penetró en el Arsenal corriendo á toda brida los caballos. La reina y D. Manuel lloraban abrazados á los cadáveres.
Diversas personas transportaron al interior del edificio los cuerpos de D. Carlos y el príncipe.
Estaban en el Arsenal, y ayudaron en esta piadosa tarea, el vizconde de Asseca, el marqués de Lavradio, D. Fernando de Serpa, el Sr. Keransch, preceptor de los príncipes; el marqués de Fayal y doña Carlota de Campos, antigua aya de los infantes, sin hablar de diversos militares.
Acudieron los médicos Bossa, Moreira, Junnik y Silva Araújo, que entraron precipitadamente en la habitación donde los dos cadáveres estaban extendidos sobre colchones. El de D. Carlos arrojaba abundante sangre por boca y narices.
Los médicos limitáronse á certificar la muerte, describiendo las heridas que el rey y su hijo presentaban. Cuando estaban lavándoles los rostros presentóse un oficial para llevar noticias á la reina, que aun ignoraba la terrible extensión de su desdicha.
Después del reconocimiento los médicos, auxiliados por los marqueses de Lavradio y de Fayal, vistieron á los cadáveres, cubriéndolos con banderas portuguesas.
Comunicóse la noticia del atentado á la Reina doña Pia, y ésta abandonó el palacio de Ajuda y fué en busca de doña Amelia. La entrevista de las dos señoras fué dolorosísima.

Del Arsenal fueron conducidos los dos cadáveres á palacio, custodiados por numerosas fuerzas.
Sufrieron heridas de poca importancia el teniente Francisco Figueira y el soldado de infantería Enrique Alvaro de Silva.
Además, en el tiroteo recibieron lesiones otras siete personas, un caballero de palacio, guardias y polizontes.
La confusión y el pánico fueron tan grandes, que temiendo nuevos sucesos, la multitud asaltó las tiendas de comestibles para adquirir copiosas viuatallas y especias, sin aseptar las narices á la calle, á que pasara la tormenta.
Los ministros, que estuvieron en el Arsenal hasta que se retiraron al palacio sus majestades, reuniéronse luego en Consejo, acordando entregar el mando de la fuerza pública al general Graveiro.
En el Consejo fué también redactado el decreto proclamando rey á D. Manuel.
Como se informa rectamente á la opinión.
Nuestros lectores no se habrán visto sorprendidos por los sucesos de Lisboa, porque desde hace largo tiempo, cuando aquí nadie, nadie se preocupaba de los asuntos de Portugal, anunciamos repetidamente que allí se preparaba una revolución.
En el artículo de fondo correspondiente al número de 14 Junio 1907, decíamos:
«La República á la puerta.—La revolución sigue su camino firme y seguro en Portugal. El palacio de los reyes portugueses hiede. Primero denunció el hedor el bravo partido republicano.
Nosotros señalamos el comienzo de esa lucha, anunciando que tras ella vendría inevitablemente la revolución.
El pueblo portugués, desnudo, descalzo, sin instrucción, sin pan, sin camisa, á causa de la explotación á que le vienen sometiendo Inglaterra; que á cambio de protejerle, le ha dejado sin colonias, sin barcos, sin industria, sin comercio, sin una moneda de oro ni de plata, arrojándole á la vergüenza de la bancarrota; ese infeliz pueblo saqueado por el régulo que le tiranía, lleva algo dentro que no le ha podido arrancar el inglés, que es la bondad, que es el honor. El pueblo portugués es esencialmente honrado. Los ataques á la moral le bienen en la fibra más íntima.
Pues bien, el palacio de Braganza es un foco de todos los hedores.
La incompatibilidad entre ese palacio y el pueblo se ha hecho así irreductible.
Un día Alfonso Costa va al Parlamento y dice en nombre del partido republicano:
—El rey ha robado las arcas públicas.
Y lo demuestra.
Los ministros del rey, que no lo negaron y luego lo han declarado, no encuentran otro medio de defensa de su señor que arrojar á Costa y á otros diputados del Parlamento.
—Pues es que nosotros estamos con Costa, exclaman los estudiantes de Coimbra.
Y los ministros expulsan á los estudiantes de la Universidad.
—Y yo estoy con Costa y con los estudiantes,—añade el catedrático más glorioso de la Universidad, Bernardino Machado.
Y también Machado sale fuera de la Universidad.
La ola de indignación pública crece entre tanto, y crece sin cesar. La prensa clama con gritos que llegan al cielo. Las masas populares acuden cada día en mayor número á las reuniones de protesta. La ola se mete en el propio Parlamento entre los diputados y senadores monárquicos.
—Fuera el Parlamento—dice el rey.
—Fuera la ley—añade.
Y la dictadura es decretada.
Los pares y los diputados acuden entonces en masa al palacio real para elevar su protesta.
El rey los despide con frases de comedia. Entretanto, la prensa grita á grandes voces: «Revolución, revolución.»
Se denuncia á la prensa. Se la lleva á los Tribunales.
Pero los Tribunales contestan:
—Hay derecho á la insurrección cuando se violan las leyes.
Y los periódicos son absueltos.
Los Tribunales se sublevarán, por tanto, también contra el palacio de Braganza.
El Consejo de Estado, el cuerpo supremo de la legalidad nacional, á pesar de su subordinación ministerial, dice:
—A tanto no se puede llegar, y se presenta al rey á depositar su protesta.
Y ahora les llega la vez á las Corporaciones populares.
Los Municipios comienzan á protestar.

El de Lisboa abre la marcha. El rey manda disolverlo. Ya no hay administración en la capital portuguesa. Las calles están por barrer; todos los servicios municipales abandonados.
La ola revolucionaria va así metiéndose por todo: en el Parlamento, en la Universidad, en los Tribunales, en el Consejo de Estado, en los Municipios. Llegará á las tiendas, á los talleres, al seno más íntimo de los hogares.
Eso es una revolución.
Y nadie en Portugal ha pensado en la cuartelada.
Y nadie ha pensado allí en el motín.
Antes bien, el insigne Bernardino Machado, al indicar los medios de combate más activos para llegar á la revolución, decía:
—Nuestro instrumento principal es la ley.
Hagámonos los defensores de la ley contra la conculcación que de ella hacen sus depositarios.
Y proponía la reunión de una Asamblea en el mes de Agosto, convocada según previene la Constitución, ya que el rey que era el obligado, no la convocó.
Claro es que vendrá el momento supremo del empleo de la fuerza. Pero será un accidente, sin importancia sustancial. La revolución es esta que se está haciendo ahora.
Es así irremisible la caída del trono en Portugal. Es allí irremisible la República, traída no por un partido, sino por todo un pueblo.
Y será una admirable República, porque va á sentar en el solio la virtud.
El estado mayor del republicanismo portugués es incomparable. Todos los que están en lo alto son ínteros de pensamiento y de moralidad.
Para presidentes de la República se destacan ya dos candidatos de un valor moral y pensante supremo.
Teófilo Braga, un soberano del pensamiento universal, rígido de costumbres como un anacoreta.
Bernardino Machado, el talento, la sinceridad, la rectitud de conciencia, un celo herpico por la honradez pública y por la felicidad del pueblo.
Se comprende bien que diputados y pares, consejeros y magistrados, alta banca y alta propiedad no tengan miedo alguno de embarcarse en una nave republicana cuyo timón van á empuñar tales pilotos.
La República portuguesa llega. Un grito de alegría universal la va á saludar. La Justicia le rendirá acatamiento. La Libertad batirá palmas. La Virtud la coronará de mirto y laurel. Sobre todo, del Brasil, carne de la carne portuguesa, llegará una palpación de amor que conmoverá el mar haciéndole riar de gozo. Cuantos recursos necesita la República naciente para implantarse y comenzar una vida honrada vendrán de allí á sus manos llenas.
La conculcación que va á sufrir el suelo peninsular al realizarse ese hecho, hará bambolear otro trono. Preparaos, hijos de Iberia: la República llama á nuestras puertas.»
Las visionarias.
Este artículo, al ser conocido en el extranjero por escritores que saben leer, dió lugar á que transmitieran la voz de alarma, asombrándose de que ningún periódico hubiera informado á Europa de la gravedad de los sucesos que fermentaban en Portugal.
Por cierto que al leer en *Las Dominicales* la reproducción de los comentarios que á nuestro artículo se hacían en un periódico belga, cierta buena persona, que por tener muchos años y haber visto pasar por delante de sus ojos muchos países cree que conoce el mundo, nos escribió desde Lisboa, donde reside, una carta llena de sarcasmos por haber alarmado á Europa y presumir que realismo podía pasar algo en Portugal, cuando aquellos portugueses, mancos como borregos, no eran capaces de otra cosa, sino de recibir cuantos pelos quisieran propinarles los esbirros de Juan Franco.
¡Si lo sabría él de cierto cuando vivía, allí y conocía hasta la médula el carácter portugués, mientras nosotros que vivíamos por aquí nos dejábamos arrastrar de visiones!
Nosotros rasgamos la carta, sotrámosla compasivamente y continuamos informando al público de que en Portugal habria una revolución.
«No puede ser.»
El 12 de Julio publicáramos un artículo con el epígrafe anterior que fué objeto de las iras fiscales, por lo cual no le reproducimos en respuo á la justicia histórica, pero que en una elocuente lección á esa justicia que denunció la verdad misma, la verdad palpitante á la cual no se puede impunemente depositar cuanto más procesar, porque entonces se forma la tormenta y desciende el rayo vengador sobre la cabeza de los ocultos que la retan y la ultrajan.
En ese artículo culminante nos manifestáramos en el fondo como los verdaderos amigos del rey y de Portugal; como han sido sus ene-

...migos fatales que le han arrastrado á la muerte los que le afirmaban que sí; que podía ser lo que nosotros demostrábamos con razones que herían como el rayo que no; que no podía ser.
«Don Carlos no puede seguir siendo rey de Portugal.»

Así comenzaba el artículo. Ahí están los hechos diciéndolo á gritos.

La leona de Juan Franco.

En el número correspondiente al 26 de Julio decíamos:

«Un loco en el poder.—El doctor Arthur Letao, médico afamado portugués, ha publicado un folleto que está haciendo gran ruido en el vecino reino.

Prueba en él, con testimonios científicos de gran fuerza de convicción, que Juan Franco, el dictador portugués, es un epiléptico por ley de herencia. Sus padres, sus tíos, todos sus parientes próximos, cuya historia pone de manifiesto Letao, tuvieron carne de locura.

Nosotros no necesitamos hacer esos estudios para estar convencidos de que en efecto Juan Franco es un hombre en demencia. Sólo un loco es capaz de emprender á boteladas con el honor, la justicia, la libertad, la prensa, el Parlamento, todas las fuerzas morales, en suma, que constituyen la vida de un pueblo, y eso es lo que está haciendo Juan Franco con Portugal.

Y como los ataques de locura de ese demente han causado ya varias muertes en Portugal, se impone sujetarle con una camisa de fuerza y meterle por siempre detrás de hierros.»

En ese mismo número consagrábamos varios artículos á las peripecias de la lucha entablada entre Juan Franco y el pueblo portugués. El que se titulaba «El miedo de Juan Franco», terminaba con estas líneas:

«Nuestro bárbaro González Bravo, de la misma madera de Juan Franco, no llegó á tanto. Sin embargo, reventó en la emigración al lado de su reina destronada, que había contribuido á derribar con sus furiosos dictadores.
Franco reventará también.»

En el Senado.

Testimonio del vivo interés con que seguimos el desenvolvimiento de los sucesos de Portugal, fué la pregunta que Odón de Buen, redactor de nuestro periódico, dirigió en el Senado al Gobierno llamando á éste la atención sobre la gravedad de la política de Juan Franco y preguntando á nuestro ministro de Estado cuál sería la actitud de España, en el caso de que aquella política insensata provocara una revolución en el país vecino.

El ministro de Estado contestó diciéndole categóricamente, que España no interpondría para nada en la política interior de Portugal.

Con ocasión de aquel debate, nuestro periódico publicó varios artículos patentizando que el absolutismo proclamado por D. Carlos al rasgar la Carta constitucional, no podía prevalecer en Portugal. Entre las pruebas que aducíamos estaba la noble, soberana actitud del anciano presidente del Senado, Augusto José da Cunha, diciendo ne, no y no, y declarándose republicano.

Para la turba que conoce á los portugueses, pero que no conoce el alma portuguesa, síquel desgarrar de la dignidad, del honor, de la gloria del pueblo portugués, podía pasar. Para nosotros no. Por eso hablábamos con lengua clara, alta, contundente.

De entonces acá no hemos abandonado el tema. El último número, donde nos revolvíamos á través de Juan Franco pidiendo á la prensa nacional y extranjera que le declarase guerra sin cuartel, es el postrer testimonio del interés capital que veníamos prestando al asunto y de los nobles esfuerzos que hemos hecho para contener con nuestros gritos de protesta y de cólera al dictador portugués que irrumpía con su política malvada al rey y á Portugal á un precipicio.

«Ahora ya, cuando la cosa no tiene remedio, todos gritan, todos claman, y los mismos periódicos sesudos que ayer pintaban á Juan Franco como el defensor del orden social en Portugal; hoy, día en que llega aquí la noticia de la catástrofe, le condenan y le execran á una voz.»

«Se que si todos esos periódicos liberales toman la actitud de LAS DOMINICALES y combaten virilmente la dictadura y al dictador, se obligan al rey á meditar sobre el asunto y á detenerse en el camino que le conducía á la muerte, cambiando de ministro.»

«Puede ser que sí. La prensa tiene hoy inmensa fuerza y por eso Juan Franco ha cuidado de ganársela extendiendo mentiras sobre mentiras en Europa, para hacer creer que nada ocurría en Portugal. Sin duda algunas debilidades de la prensa europea no han dejado de contribuir á la perdición del rey de Portugal.»

«Y ahora gimotean tanto sobre su cadáver! Creados.»

Tenemos derecho indubitable á decirlo á todos después de esa gran lección de hechos: creados.

Lo veis claro como la luz: no hay nada que espante cuando se trata de decir grandes verdades útiles á los hombres, ni amenazas, ni halagos, ni ruegos de los obsecados ó que viven engañados y suggestionados. Os decimos de un hombre: «ese es malo; ese os engaña; podéis estar absolutamente ciertos de que os decimos la verdad.»

Recordad estas palabras que escribimos en el número anterior hablando de Juan Franco: «¿Y quién ha cometido esa felonía? (La de prender sin garantías á dos insignes periodistas portugueses.)»

Un monstruo, un saltador de leyes, peor que todos los saltadores de caminos; porque ha anulado la Constitución de su patria, conquistada á fuerza de los más nobles y heroicos sacrificios; ha asaltado el Parlamento, ha asaltado los Tribunales; ha asaltado la Prensa; todo

lo que hay de más respetable, de más grande en la civilización actual. Toda garantía de derecho ha desaparecido en Portugal para quedar sólo en pie la voluntad de ese monstruo.

Todo se puede presumir y temer de un hombre para el cual mentira y verdad, justicia e iniquidad, bien y mal, han venido á ser palabras sin sentido, porque ha perdido la noción de la conciencia.

«Guerra á ese bárbaro perseguidor! Guerra al dictador Juan Franco!»

«Todos contra el tirano de la prensa portuguesa!»

Por deber de compañerismo, los periodistas de todos los países deben defender á los insignes Chagas-Borges contra el asqueroso Franco, saltador del derecho y de las libertades portuguesas.»

Pues bien; la fuerza de los sucesos, viniendo á sancionar la justicia de nuestro clamor, ha sido tal, que hoy no es ya la prensa, es el mundo entero el que responde á nuestra excitación gritando «¡Abajo Juan Franco!»; es la propia reina viuda que le dice señalándole los cadáveres de su esposo y de su hijo: «¡Esa es tu obra.»

¿Dónde está, dónde, quien nos supere en energías para desenmascarar la maldad y defender la justicia!

«Fíos de las informaciones de la prensa seria.»

Eran las ocho de la noche del 1.º del actual, y leíamos en un periódico de la mañana el artículo que vamos á reproducir.

Amantes coleros de la verdad, estrujábase el periódico conforme avanzábamos en la lectura, diciéndonos interiormente: «¡Pero es posible que así se abuse de la credulidad pública!»

«La ola de indignación portuguesa montaba tan alta que era preciso cerrar los ojos con empeño, decidido de no ver, para no advertirla. ¡Pero se podía escribir así para el público! (No se exponía el periódico á tener que confesar la verdad con una noticia de efecto que los sucesos, absolutamente inevitables en el estado de la lucha, podrían traer de un momento á otro.)»

Y, en efecto, cuando nosotros leíamos el artículo, ya había acaecido la tragedia de Lisboa.

«Véase, véase ese artículo inserto inmediatamente después del fondo.»

«La situación en Portugal. En honor de la verdad.—Badajoz 31 (3 tarde).—Reexpido textualmente el interesante despacho que por correo me envía nuestro corresponsal en Lisboa. Suprimo algunas líneas en que, asombrado por ciertas exageraciones violentas hace valer su sinceridad de juicio. Los lectores de *El Imparcial* tienen demasiadas pruebas de su imparcialidad absoluta y de serenidad indiscutible.»

Dice así el despacho:

Es inaudito lo que ocurre en Portugal. Cuando aquí estamos tranquilos y seguros de que no vivimos sobre volcán alguno, la prensa española viene á informarnos con mayor suficiencia de la situación en que vivimos y nos hace saber todos los días terribles cosas de peregrina invención que habiendo ocurrido sobre nuestras mismas cabezas no habían llegado á nuestro conocimiento. Verdaderamente, estamos á punto de disculpar la que hemos combatido siempre como insigne torpeza: la monomanía de la censura, que es enfermedad incurable de todos los gobiernos portugueses, de todos, dictatoriales y libertadores. La prensa extranjera difunde por el país una alarma que no han logrado despertar los revolucionarios furibundos.

Portugal sigue tranquilo. Lisboa, Oporto, todas las capitales de importancia siguen su vida normal. Ni siquiera se nota ese retraimiento del público callejero propio de los días de motín. De las poblaciones pequeñas, es decir, del territorio entero, no digamos nada, porque en la mayoría de los sitios no se sabe que manda un dictador, ni que se agitan los republicanos, ni que hay republicanos, casi...

Que hay agitación, es indudable. Ya lo dije—y expliqué por qué la había—cuando hace poco traté de informar imparcialmente á nuestros lectores de lo que pasa y de lo que no pasa aquí. Hay agitación política, una de esas agitaciones que rara vez trascienden al pueblo. El pueblo, en Portugal, como en todas partes, quiere que le dejen vivir en calma y no se lanza locamente á aventuras en que está casi seguro de salir perdiendo. Podrá ser que el régimen actual no satisfaga sus aspiraciones ni sus conveniencias, pero teme que venga otro peor. Esto es, sencillamente.

Esta agitación política—en que tienen más parte que los mismos republicanos, muchos de los cuales sólo se inspiran en sentimientos románticos, los propios monárquicos que pisan Palácio y reverencian al rey con sobrada frecuencia—se ha hecho lo bastante ostensible para que el gobierno trate de reprimir con tiempo sus efectos. Ha habido, pues, prisiones y registros (no deportaciones misteriosas, como aseguran los alarmistas ó alarmados españoles). Muchas de las prisiones no han pasado de detenciones gubernativas y los registros han confirmado plenamente que, de prepararse algo, era alguna algarada de género chico en que es imposible, en absoluto imposible, que hayan tenido parte hombres serios y dignos del republicanismo portugués. Aquí unos cuantos revolvers, allí un puñado de navajas ó puñales, en otro lado cuatro escopetas viejas... ¿Quién puede asegurar que con estos elementos se prepara una revolución política y no un motín de ruido á propósito para asustar á los melancólicos?

Es claro que ciertos políticos querían de-

rribar á José Franco, ó por lo menos aserrarle é intimidar al rey «antes de las elecciones». Pero conocido el juego, el gobierno puede, si quiere, continuar la partida á cartas vistas.

Uno de los acontecimientos que, por lo visto, explotan los alarmistas españoles, es el disturbio de hace dos días. Y véase lo ocurrido.

Desde el día 27 sabía «todo el mundo»—y las autoridades, al detalle—que el 28 por la noche se iba á hacer algo. Júzguese ya de la importancia de un movimiento que se anuncia con tal anticipación.

Todo se cumplió al pie de la letra. El 28 por la noche—por la noche para mayor solemnidad y misterio—unos cuantos grupos heterogéneos hicieron como que atacaban á varios puestos de policía y se ensañaron con agentes sencillos que cuidaban de la vigilancia de las calles. Los agentes se defendieron, pero inútilmente. Uno fué muerto y ocho ó diez heridos de más ó menos gravedad.

Los grupos se reunieron luego en la calle de la Escuela Politécnica y amagaron un ataque á la casa de José Franco. Se ha dicho que hubo una terrible batalla. Efectivamente, una terrible batalla en que no intervino un soldado. Bastó que la policía y la guardia municipal disparasen algunos tiros para que la muerte del jefe del gobierno, el destronamiento del rey y la sustitución del régimen quedasen aplazados—por fuga de los revolucionarios—para mejor ocasión.

Se reunió el Consejo de ministros y juzgó que con algunas medidas de policía era suficiente para seleccionar á los revoltosos. Y se realizaron las que comuniqué oportunamente por telégrafo y correo.

«Hasta aquí lo ocurrido y lo que ocurre. Los pecadores de río revuelto están desenfundados; el pueblo, harto de que en su nombre se perturbe el orden público, para lo cual no ha autorizado á nadie, y el gobierno afirmando, porque, con ser una mediana, la insensatez de los demás le reviste del sagrado papel de guardador de la paz y de los intereses de la nación. Y como profecía, podría aventurarse una: que todo esto cesará en cuanto se verifiquen las elecciones y se vean obligados á péchar con el resultado que ahora ven todavía posible la ocasión de sacar su cristo adelante.»

«He ahí lo que se escribía en honor de la verdad» para que el público durmiera seguro de que nada ocurriría en Lisboa, mientras el rey y el príncipe caían muertos á balazos.»

Ginismo de Juan Franco.

Ved como hablaba Juan Franco en el Senado el 7 de Noviembre de 1906:

«Ahora, Sr. Presidente, estoy de aquello muy arrependido (de la dictadura de 1895), porque más tarde adquirí la certidumbre de que ninguna ventaja, ningún resultado obtuvo el país de aquella dictadura, sea bajo el punto de vista del buen funcionamiento del sistema de gobierno representativo, sea bajo el punto de vista de su administración económica y su administración política.»

Tengo la franqueza de decir y la honradez de confesar, que mi error fué de tal orden y tal naturaleza, que me produjo la convicción de que ningún hombre público, en la posición en que yo estoy, debe recurrir á ese sistema.»

Y hombre que habla así establece una dictadura desenfundada como jamás la conoció Portugal.

«Ya le habéis visto imbecar su «franqueza» y su «honradez». No hay ruñán de los que engañan al pueblo que no emplee el mismo lenguaje.»

«Para España, esos efectos trágicos de la dictadura son una lección del más alto interés. Aquí pululan los partidarios de la violencia, convencidos como Juan Franco de que son salvadores del país.»

«Para nosotros, los que hemos condenado siempre con la energía más extrema toda idea de dictadura, viene ese ejemplo á darnos la razón con tal estruendo, que sólo los ciegos y los sordos pueden dejar de verlo y oírlo.»

«La dictadura es la infamia de una nación, y tras la infamia vienen el tumulto, el asesinato, el terror y la ruina de los pueblos.»

DECRETO INFAME

Con fecha 31 de Enero apareció en Portugal un decreto infame.

Por él se condena á la expatriación y al destierro en las colonias mortíferas portuguesas, á todo portugués que estorbe al gobierno.

Suponemos que ese bárbaro atentado á todas las leyes jurídicas de nuestro tiempo, será derogado inmediatamente por el nuevo ministerio portugués.

VEREDICTO REGIO

«Dice un telegrama de *El Liberal*: «¡Ah! tenéis vuestra obra!»

Lisboa 3 (8 n.)—Personas á quien tengo por bien informadas, por sus relaciones con dignatarios palatinos, me han referido que encontrándose la reina Amelia velando los cadáveres de su esposo y de su hijo penetró en la capilla ardiente Juan Franco.

La reina al verlo, y sin poderse contener, le dijo, señalando á los dos muertos:

«¡Ah! tenéis vuestra obra!»

Juan Franco, pálido, balbuceó palabras de disculpa. Doña Amelia rompió á llorar. Entonces el presidente del Consejo abandonó la estancia.»

Si no lo ha dicho, ha debido decirlo.

PRELUDIOS DE LA CATASTROFE

El día 29 de Enero, Juan Franco hace encarcelar á varios portugueses eminentes, entre ellos Alfonso Costa y el vizconde de Ribeira Brava.

El 30, suspende de una plumada cinco periódicos monárquicos: *O País*, *O Dia*, *Correio da Noite*, *Diario Popular* y *O Liberal*.

El 31, da el decreto infame, por virtud del cual, priva de toda garantía de seguridad á los portugueses, sustrayéndolos á la acción de los Tribunales y entregándolos á discreción del Consejo de ministros, que puede expatriarlos y deportarlos.

«No era eso una mecha incendiaria aplicada á la bomba que estalló al día siguiente?»

EL AUDAZ

Todo ese lujo de omnipotencia que ha desplegado contra el Parlamento, contra la Prensa, contra los Tribunales, contra la seguridad de las personas, contra todo lo más sagrado que hay en las sociedades modernas, era prestado. Lo debía á su rey. La confianza que en él había depositado don Carlos, era plena, absoluta, completa. ¿Dónde hubiera encontrado vidas un hombre de verdad para sacrificarlas por el soberano que descendiendo de su altura le había entregado á él, al gusano, el poder pleno de su soberanía y con él la custodia de su persona, de su dinastía, de su reino?

Lo elemental era, si en esa apariencia de ser racional se escondiera algún vestigio de hombre, que al llegar á su oído el ruido de la tragedia, corriera como un loco al lado del rey llevando un arma en cada puño para matar, matar á todo ser viviente que encontrara con indicios de haber agredido á su rey. Luego, luego... viendo que llegaba tarde y que su amo había cerrado los ojos por siempre, empujar aquellas dos armas, metiéndoselas en las sienes y disparárselas á la vez para caer muerto sobre el pecho que se había confiado á su lealtad.

Un arranque así de nobleza se ha visto en el infante, hermano del rey, duque de Oporto, que corre revólver en mano como un loco sobre su automóvil en socorro de su hermano.

Nada de eso se ha visto en Juan Franco, Juan Franco, cuando se ve sin el escudo del rey, roto á balazos; Juan Franco, el retador, el hombre de las audacias, el del bello gesto ponderado por sus cortesanos, huye, se arrastra agazapado y desaparece de la escena como el chacal amenazado por la punta del pie del domador.

El audaz que no se detiene ante el crimen, es eso, un Juan Franco.
¡Sólo la Virtud es valiente!

LA VERDAD DESNUDA

A última hora llegan á nuestro conocimiento estas declaraciones hechas por uno de los personajes monárquicos portugueses de más relieve:

«*Salamanca* 4 (11 m.)—El jefe del partido progresista disidente, Sr. Alpoim, que se encuentra en ésta desde el 30 del pasado Enero, rehuyendo una orden de detención que contra él se había dictado por disposición de Franco, ha hecho las siguientes declaraciones:

«A su juicio, el regicidio ha obedecido á un movimiento lógico e inevitable del alma popular, exasperada ante las arbitrariedades del dictador, erigidas en sistema de gobierno; los partidos políticos no han tenido en él la menor intervención.»

«No se ha visto otro medio de acabar con la dictadura de Franco, que había reducido al pueblo portugués á la condición de un rebaño, para el que no existía más ley que el capricho de un hombre.»

Juan Franco ha sido, en su sentir, el que ha armado los brazos regicidas, haciendo que el rey prescindiera de las Cortes, encarcelando á los diputados, violando el domicilio y atentando á los más sagrados derechos del hombre para asegurarse la posesión del poder y entrar en condiciones de acabar con sus enemigos y dar satisfacción á sus pasiones.

Juan Franco, como todos los validos, no ha tenido en el momento de producirse la explosión motivada por su desatentado proceder el gesto noble de los que obran por convencimiento: ha llorado apelando á la compasión del pueblo.

El trágico acontecimiento es una prueba de que en un pueblo libre como Portugal el poder personal es impracticable.

El nuevo gobierno, que viene decidido á rectificar la funesta marcha del anterior, poniendo en vigor las prácticas expansivas de la libertad, contará con el apoyo de los liberales, pero no vivirá más de lo que tarde en quedar restaurada la normalidad de la vida pública, razón de su existencia.

El nuevo rey—terminó—reinará en liberal ó no reinará.»

Esa es la verdad clara, pura, neta. Y ello resume cuanto nosotros dejamos escrito.

LUZ Y SOMBRA

Dice nuestro colega querido *El Forcenir Navarro*, de Pamplona:

«Así se procede.—Un querido amigo nuestro y correligionario, D. Valeriano Duenas, vecino de esta capital, se ha hecho acreedor á nuestro aplauso por su firmeza de carácter en la defensa de los ideales que profesa.»

Hace unos veinte días, dió á luz su esposa una hermosa niña, que fué inscrita en el Registro civil con el nombre de Palmira Acracia.

Enterado de ello el párroco de San Agustín, D. Modesto Pérez, comisionó al cura de la misma, D. Félix Unzué, para que, personalmente en la casa de nuestro amigo, procurara á todo trance apoderarse de la niña para bautizarla.

Fué el referido cura, y con modales bruscos y palabras impropias de un sacerdote, como obligar á los padres de la criatura á que ésta fuera bautizada.

Si enérgico se mostró el cura, no menos enérgico se mostró nuestro amigo, y aquél tuvo que marcharse convencido de lo inútil de sus pretensiones.

Después volvió el cura, pero ya con modales más suaves y tratando por medios persuasivos de convencer á la madre de la criatura de lo necesario que era el bautismo para la salvación del alma, etc., etc., llegando hasta á decirle que podría llevar la criatura á la iglesia sin que se enterase su padre.

La madre se negó en redondo, diciendo que ella no acostumbraba á hacer nada á espaldas de su marido, con lo que dió una buena lección al cura, y así ha quedado la cuestión.

Sirva de ejemplo la entereza de carácter de nuestro amigo, á quienes profesando unas ideas, no se atreven á manifestarlas públicamente, dando así lugar á que escritores tan farsisícos como los del *Diario de Navarra* los calificquen de hipócritas.

Y reciba nuestro aplauso el Sr. Duenas. Es una insolencia inaportable la de esos señores clérigos. Nadie más que ellos tiene la desvergüenza de penetrar en el domicilio privado con la pretensión de imponer su voluntad á una familia.

¿Qué dirían esos insolentes, si un libre pensador respetable se introdujera en un domicilio con la pretensión de prohibir que se bautizara á un niño, diciendo á los padres que con ese acto condenaba á su hijo á entrar en un gremio de imbeciles, dirigido por clérigos tan estúpidos como despóticas?

Ciertamente que no hay libre pensador capaz de cometer esa falta de educación. ¿Qué han de ser representantes de Dios los que no tienen siquiera nociones de la educación más rudimentaria?

Borrar de la sociedad española á hombres que presumen de maestros y ofrecen ejemplos de insolencias, de desvergüenza y de desaprensión como ese, es de necesidad apremiante. Si el dueño de ese domicilio arroja los platos y á boteladas al clérigo que le iba á importunar, como tenía derecho, porque cada uno en su casa es rey y nadie está facultado á penetrar en ella para molestarle, hubiérase producido un conflicto de consecuencias deplorables. ¿Y quién era el culpable? Pues un sacerdote ignorante y despótico, incapaz de guardar los más elementales respetos sociales.

«Sin duda, barrer esa casta insolente es una necesidad de la sociedad española, si ha de vivir con tranquilidad y hasta con curiosidad, porque la presencia de un clérigo como ese en un hogar, enucia.»

Dice *El País*:

«El servicio obligatorio.—Real orden curiosa.—Servir á la Patria con las armas en la mano es el primer deber de todo español. ¿Está claro? Pues lean los que aplaudieron á Maura en la sesión memorable esta real orden que cortamos de la Gaceta:

«Vista la instancia promovida por D. Antonio Maura y Montaner, vecino de esta corte, calle de la Lealtad, núm. 18, en solicitud de que le sean devueltas las 1.500 pesetas que depositó en la Delegación de Hacienda de la provincia de Madrid, según carta de pago expedida en 22 de Diciembre de 1905, para redimir del servicio militar activo á su hijo D. Antonio Maura y Gamazo, recluta del reemplazo de 1905, perteneciente á la zona de Madrid.

«El rey (q. D. g.), teniendo en cuenta lo prevenido en el art. 175 de la ley de Reclutamiento, se ha servido resolver que se devolvieran las 1.500 pesetas de referencia, las cuales percibirá el individuo que efectuó el depósito, ó la persona apoderada en forma legal, según dispone el art. 189 del reglamento dictado para la ejecución de dicha ley.»

«¡Viva España! ¡A Marruecos! ¡Vengan frases, resusen aplausos y... al hijo se le redime á metálico!»

«En verdad que vivimos en eterna farsa política.»

Escribe *El Liberal* de 2 del actual:

«Está confirmada, y era conocida en nuestros centros oficiales desde las once de la noche, la muerte del rey D. Carlos y de su primogénito.»

Al principio no nos allanábamos á creerlo, recordando lo escrito anoche por *La Epoca* y un snello reciente de *La Correspondencia de España*, en que éste colega prevenía á sus lectores y á los demás periódicos con la siguiente categoría y autorizada aseveración: «Cuantas noticias alarmantes se publican respecto de Portugal, son falsas; falsas en absoluto.»

Así, con esa seguridad, hablaba Juan Franco.

«Esa eran las verdades que Juan Franco extendía por el mundo entero, respecto á la situación de Portugal.»

EL 4 DE FEBRERO DE 1883

Ya lo saben ustedes: esa noticia calamitosa sobre el asesinato del rey de Portugal, es falsa, falsa en absoluto, *La Correspondencia* lo fía.

"MADRID,"

Así se titula un libro que acaba de llegar á nuestras manos. Su autor es Facundo Dorado. Concejal por Madrid, diputado electo por Madrid, Facundo Dorado ama intensamente á Madrid, donde vió la primera luz, y ha puesto su corazón en este trabajo prestándole las luces de su brillante carrera universitaria, de literato y de periodista. Por hoy no decimos más, esperando á leer con detención el libro para juzgarle. Basta, empero, que Facundo Dorado haya prestado la labor de su entendimiento cultivado al estudio de la Historia y la vida madrileña, para que todo el Madrid culto y especialmente el Municipio, le deban profunda gratitud.

EL TEMPLO Y EL TALLER

Al mi hermano Joaquín Montañó.

El rumor tranquilo y suave de la hacienda alborada, se interrumpe con estruendo, ante la lengua metálica de la campana sonora que al pueblo creyente llama... En la nave silenciosa de la catedral sagrada de los fieles, que allí acuden, suenan débiles pisadas... Llegan tristes, compungidos, cual rebaño de fantasmas y en los oscuros rincones extienden sus negras alas. Se arrodillan silenciosos fija en tierra la mirada, y golpeándose el pecho piden perdón á sus faltas. Un hombre con rico traje hacia el altar se adelanta, suelta sendos latines que nadie entiende ni aclara, manosea un libro informe que está lleno de patrañas, y los fieles taciturnos al cielo elevan sus almas, dejando en las duras losas todo el cieno de sus plantas. Piden á Dios la clemencia para el perdón de sus faltas, y perdonadas que han sido vuelven á pecar mañana. Y así va el rebaño humilde de noche, tarde y mañana, buscando el frío consuelo de una religión nefasta que la salvación concede mediante el oro y la plata.

En el taller ha sonado voz de vibrante campana, y allí acuden los obreros formando alegre comparsa de niños, hombres y adultos que al duro trabajo marchan entre canciones alegres y estruendosas risotadas. No se prosternan, ni rezan, las herramientas preparan y en su puesto cada cual, febriles el pan se ganan obedientes á un maestro que sus deberes señala, no en lengua que no se entiende sino en lengua castellana. Son hombres libres que aspiran poner al progreso en marcha, para que los hombres todos sientan la firme eficacia que ha de dar á las ideas la sublime tolerancia. Sus miradas, tanto elevan, que los espacios escalan y la débil manecita del reloj que el tiempo marca, dice cantando las horas: «Seguid, continuad la marcha, que el triunfo ya se aproxima de vuestra sublime causa.» Y siguen dando en el yunque, la piedra toca trabajan, y tallando la madera confían en el mañana que les ha de dar el triunfo tras de lucha encarnizada.

No fué el día 3, como hemos dicho equivocadamente, sino el 4 DE FEBRERO DE 1883, cuando apareció el primer número de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Hubiéramos querido reproducir hoy gran parte de aquel número, pero los sucesos terribles de Lisboa nos han obligado á dar la preferencia debida á esa tragedia de resonancia mundial. La lectura de aquellos artículos hubiera puesto de relieve á los ojos del lector la unidad absoluta de pensamiento y de criterio moral que ha venido inspirando á nuestro periódico. Somos hoy lo que éramos ayer. Esa unidad perfecta de espíritu se refleja en uno de los artículos de aquel número, que siendo de corta extensión, vamos á reproducir. Titúlase ese artículo «Nicolás Salmerón». No mencionábase en aquel número ningún otro prohombre republicano. No hablamos tampoco de Salmerón político, nos limitábase á dar una pincelada sobre su representación en la evolución de la conciencia nacional. Nos acordábase, al escribirlo, del Salmerón que en la cátedra de la Universidad había sembrado en lo más hondo los gérmenes de la revolución de la conciencia española, y que en la tribuna, al aparecer, pronunciando aquel maravilloso discurso de la *Internacional*, llena de asombro al Parlamento haciendo decir á Ríos Rosas: «Ya tiene jefe la democracia española», y exclamar al venerable sacerdote D. Fernando de Castro, el cual había sido su maestro en la Universidad: «que abandonaba la virginidad de la fe para abrazar la maternidad de la razón», mientras rompía por siempre sus vestiduras de sacerdote católico. El público ha visto bien que hasta en ese asunto personal somos hoy lo que ayer: admiradores de la insuperable grandeza pensante y moral de Salmerón. He aquí ese artículo que, en breves términos, sintetiza nuestro ideal iberista, nuestro ideal americanista, nuestro ideal socialista, junto con nuestra fe inmutable en los destinos que esperan á nuestra patria y á nuestra raza.

«Nicolás Salmerón.—Cuando con el trascurso de los tiempos el Antiguo Régimen cuyos cimientos crujen, vengas en ruinas, y sobre ellas se aloje la República ibérica, con España y Portugal unidos, y ese continente que hemos levantado con nuestros hombros del fondo de los mares, enlazado á nosotros por los nobles vínculos de la fraternidad y la justicia, y no por los viles de amo y siervo, nos envíe sus virgenes é inagotables riquezas, merced á lo cual pueda nuestro hermano, el hijo del cuarto estado, sentarse al banquete de la vida; España, esta patria querida, poseedora de tantos elementos históricos, de que la mayoría de otras naciones carece, brillará con esplendor sin igual entre ellas. Entonces, el genio de las artes, que nunca falta en los momentos de apogeo de los pueblos, enamorado de obra tan grande, dirigirá sus miradas al fondo de la Historia para encontrar los obreros que arrojarán sus cimientos, y sin duda verá destacarse entre todas, una extraordinaria figura que está aportando con sus brazos los más hondos y más firmes sillares; figura en la que se funden los rasgos de las más nobles razas que han sentado su planta en la tierra, y que por dicha nuestra han depositado en el suelo hispano, en sus tiempos de mayor apogeo, los frutos preciados de su civilización: la aria y la somítica. No es extraño que entonces el artista, para dar satisfacción estética á su inspiración, erija en la plaza pública colosal estatua, en cuya frente cincelos rayos del genio de los dos superiores representantes de ambas razas: del que hundiéndose el pensamiento en la conciencia, supo sacar de ella torrentes de luz; del humano Sócrates, y de aquel otro que lanzando su espíritu á través del cielo azulado, buscó fuera la fuente de toda vida á Dios, y enlazó bajo él con amorosos lazos á todos los hombres: el divino Cristo. Nadie, nadie puede negar á Nicolás Salmerón algo del semita y del griego, algo del filósofo y del profeta, fundido todo en apariencias externas, en aspecto, en actitudes, en movimientos, en palabras que transpiran grandeza; es una estatua viva que anda por el mundo. Poco queda que hacer al artista futuro.

Explicación de la sección de "Luz y Sombra."

Desde el primer número de nuestro periódico comenzamos á publicar una Sección que titulamos de «Luz y Sombra», la cual hemos continuado invariablemente. Para poner de relieve el simbolismo moral que queríamos dar á aquella Sección, publicamos en aquel número estos dos sueltos: «Un poderoso rey de la India condena al destierro á su hijo Rama. Este es el ídolo del pueblo, el héroe salvador de la patria. Cuando parte á cumplir el decreto de su padre, la población entera le sigue; gritos de dolor se oyen por todos lados; una muchedumbre inmensa se apuña en derredor del carro que le conduce, é interrumpe su paso. Pero lo extraordinario es que el mismo padre de Rama sigue también la comitiva, y es presa del sentimiento general, hasta el punto de que, no pudiendo soportar el peso del dolor, cae sin sentido sobre el polvo. «Cómo, sin embargo, le había condenado al destierro! Por cumplir la palabra empeñada. Había ofrecido á una de sus esposas, en cierta ocasión solemne, concederle cuanto le pidiera, y ésta le exigió el destierro de su hijo. El rey indio prefería destruir su corazón, sumir en el dolor á su pueblo, privarle de su más firme sostén á faltar á la ley moral. Esto es luz.»

«Entre nosotros, varios ciudadanos se dirigen á otros diciéndoles: «Concedednos vuestros votos para representarnos: somos republicanos fervientes, y es eterno nuestro amor á la República.» Merced á esta promesa, obtienen los sufragios que solicitan. Estos sufragios, que forman la naturaleza del representante, á modo que varias moléculas de un metal simple forman un pedazo de este metal, esos sufragios, que constituyen un ser esencialmente republicano del cual Cristiano, ó Eugenio (studia al resellamiento de Mates y Montero Ríos), ó Blas, sea cualquiera el nombre que lleve, no es más que el signo, llegan á encarnar en un hombre que tiene lengua y labios. Pues bien: aquellos labios por esencia republicanos, que al moverse en el Parlamento ó en los conciliábulos políticos no pueden, sin faltar á la fe que les ha dado ser y naturaleza, pronunciar palabras que no sean republicanas, votan por la monarquía. Esto es sombra.» Por cierto que estos dos sueltos nos los recitó de memoria un italiano llamado Matti, residente en Lorca, y á cuyas manos llegó por acaso nuestro periódico. Era un anticlerical

de fogoso que abandonó los libros del Instituto para empuñar la carabina y marcharse á engrosar como voluntario las filas de Garibaldi. Establecido en España, y viéndose rodeado de un fanatismo tan negro como el que imperaba entonces en nuestro país, es indecible el efecto que le produjo la aparición de *Las Dominicales*, no dando crédito á sus ojos cuando vió llegar aquella hoja impresa á sus manos. Propagandista entusiasta de la publicación, no dejó de buscarlos la primera vez que vino á Madrid para expresarnos con su vehemencia italiana la impresión de asombro y alegría que le produjo la lectura de aquel periódico, cuya existencia en medio de la espantable reacción canovista y clerical que nos rodeaba, no se acababa á explicar. ¡Pobre Matti! Murio joven, rebosando inteligencia y pasión.

Seguimos la batalla comenzada hace veinticinco años. El gobierno ha querido, sin duda, conmemorar el día 4 de Febrero denunciando nuestro anterior número. La persecución nos molesta, nos disgusta, á veces nos enfurece y nos indigna, pero no nos intimida. El mismo temple de espíritu tenemos hoy que hace veinticinco años. ¡Honor inmenso para nosotros el haber sido objeto predilecto de las iras de ese Poder corrompido como lo hemos sido de Juan Franco! Juan Franco, el enemigo de *LAS DOMINICALES*, ha entregado á su país al rey y al príncipe, asesinados. El Poder monárquico español, enemigo jurado de *LAS DOMINICALES*, ha entregado á su país al extranjero, asesinando la patria España. Y mientras el régimen monárquico que nos persigue destruye la nación española, *LAS DOMINICALES* creaba la conciencia libre española. Digna de la monarquía corrompida ha sido la denuncia última de *LAS DOMINICALES*.

OBSEQUIO GUBERNAMENTAL

El morir en la arena, defendiendo la justicia, defendiendo la patria, no es morir, sino renacer en el alma de todo un pueblo. Tengamos honor, antes que existencia. Como centro-americano, como hispano-americano, y, simplemente, como hombre, me considero con derecho perfecto para tomar participación en el negocio diplomático que ahora se ventila en San Salvador, iniciado por el señor ministro americano Merry contra el gobierno salvadoreño. Me parece innecesario entrar en consideraciones sobre la injusticia del reclamo. El ministro de Relaciones Exteriores, ha contestado los cargos con acopio de razones y citas elocuentes de nuestras leyes. En ese fondo legal no pretende inmiscuirse por cierta profunda antipatía que en lo más íntimo del alma siento contra la ley escrita y sus enmarañados procedimientos. Prefiero la razón pura y la justicia pura, y es muy bien que esas dos sagradas entidades se hallen de parte del Salvador y de parte de Centro-América. Ya no caben argumentos legales si se considera que el derecho internacional moderno es simplemente el derecho de la fuerza. La bestia bruta domina al mundo con furiosa violencia, y no queda otro recurso, para nosotros los débiles y los enfermos, que desafiar y pelear. Que no haya más discusiones, ni derechos, ni sanción, ni espíritu en las sociedades, puesto que las naciones fuertes tienen por oídos la reclamación de sus cañones y por ojos la inaudita avaricia de sus mercaderes. La luz huys derrotada; la justicia es palabra que no pronuncia su voz baja por los que habemos hambre, y sed de ella; el derecho solamente permie-

DISCURSO DE CALZADA

Los republicanos de Gijón, unidos en un sólo espíritu, han ofrecido espléndido banquete de doscientos cubiertos á Rafael Calzada. Este pronunció un inspirado discurso, del cual nos ocuparemos en el número próximo á falta de espacio en este. Hay que llevar el espíritu unificador de ese acto, y ese discurso, por todo el país republicano, y se llevará. Entretanto, mil enhorabuena á los republicanos de Gijón y á Calzada.

PASION POR "LAS DOMINICALES."

Sr. D. Fernando Lozano: Mi muy querido y apreciado maestro: Si que me glorio de tener á usted por maestro; y es que, desde que lee *LAS DOMINICALES*, periódico que tan dignamente usted dirige, he aprendido tanto, y aprendo tanto que no se puede llegar á más. Los números que llevo leídos, arrojan tanta luz, que en realidad se puede decir, como creo que así sea, que el Libre Pensamiento es un destello de la naturaleza, y por él debemos trabajar mucho, porque el Libre Pensamiento es la Religión verdad, es la razón misma, es la ciencia constanciada. Nuestros mayores padecieron tan lamentables errores, por seguir la oscuridad, las tinieblas; por seguir al clérigo, es decir, á otro ciego; por eso ambos han caído y caerán en el abismo. Pero no es eso lo malo, lo malo es que nosotros, los que vivimos en este siglo, sufrimos las consecuencias de la mala organización de las sociedades anteriores. (Por qué Porque se hallaban sumidas en la mayor ignorancia, y como consecuencia de la misma ignorancia, fanatizadas, pusilánimes y descreídas, dominadas por egoístas y gente sin conciencia, como á nosotros nos sucede hoy, que somos dominados por parasitos que debían ya hallarse arrinconados como muebles inservibles. No molestando más su atención, mando como gusto á éste su seguro servidor y correspondiente que le desea salud, Libre Pensamiento y República federal, pensadora y universal. CARLOS CIFUENTES. Irún, 13 Enero 1908.

MILAGRO, MILAGRO!

Devoto era una sencilla rata su premio á su fe. En el caso recientemente ocurrido en la parroquia de Santa María, de esta ciudad de Alcoy, nos han demostrado los adoradores nocturnos una vez más que su cabeza es tan oscura como las sombras de la noche y tan dura como la piedra de alioce. Un obrero llamado Camile Valle Antolí, que después de trabajar la larga jornada del día, se fué á la vela nocturna, al bajar del altar mayor resbaló, dando con su cuerpo en el suelo y quedando mojado y sin poderse mover. Le llevaron de allí al lecho, de donde todavía no se ha levantado, y días ha dijo á sus amigos las siguientes palabras, que fueron insertadas en una hoja gratuita que publican los católicos; titulada *El Enemigo del Pueblo*, digo, *El Amigo del Pueblo*: «Que reconozco con plena convicción que su perenne obra y disposición de la Suprema Providencia de Dios, á quien desea ir á dar las gracias en el mismo lugar y besar repetidas veces el pavimento.» Muy bien, muy bien. Eso es ser un dignísimo católico. Sin embargo, todavía son esas pocas pruebas para apreciar su santidad, y Dios debe convertirle en asno, caso de que no lo sea. S. G.

CENTRO AMÉRICA Y LOS YANQUIS

¡Buena soneto! Es característico, excepcionalmente característico de la soberbia tierra aragonesa, este brindis compuesto por el poeta zaragozano Casañal: Un trago á tu salud, querida España que á los moros echaste á garrotazos y blindecando por céculas y ribazos tuvieron que meterte en tierra extraña. Otro por tí, Aragón, y por mi maña y por Carlos el malo. A trabucazos, el imperio francés hicimos plazas. ¡Bien lo amolamos, bien, en la campaña! En mi tierra bebamos vino puro que gúelve nuestro brazo más seguro. Refinimos, si hay por qué, con nuestro padre. Por eso, no hay cadillo que nos ladre ni majo que nos ventre en la porfía... Otro trago... y van tres, Virgen María.

SUSCRICION

Para la colección Calzadas. Suma anterior 193,90.—D. Ginés Salar, y otros, de Linares, 23,35; D. Antonio Pérez Masón, Cepeda de la Sierra, 2,00; D. Rosendo Sierra, Madrid, 5,00.— Total 224,25 pesetas.

QUEN A HIERRO MATA A HIERRO MUERE

«Vigilante de El Imparcial». Roma, 23 Enero 1908. En Savona, la bella ciudad del golfo de Génova, llegó ayer á trágico desenlace un drama de amor dolorosísimo. Súpose primero que la señora Ana Mangili, una de las hermosuras de Savona, se había suicidado tomando una dosis de estricnina, y la noticia impresionó profundamente á todo el mundo. Pero cuando la prensa ha contado el suceso con todos sus detalles, la emoción ha sido tan grande, que no se habla de otra cosa.

El origen de esta tragedia data de 1898. Ana Mangili tenía entonces veintiseis años y vivía en Milán, casada con un notario, del cual tenía una hija de siete años llamada Luisa. Hermosa y apasionada, sufría el tormento de verse unida á un hombre desamorado y esquivo, incapaz de comprenderla ni de amarla con la ternura que ella tenía ser inextinguible.

En esta soledad espiritual, Ana se vio galateada por un joven artista milanes, el pintor Mucchi. Rechazóle tenazmente primero, aunque sintiendo que su voluntad vacilaba. Pero tales pruebas le dió Mucchi de su enamoramiento, con tal fuerza hizo revivir el ansia de felicidad de su alma desolada, que Ana un día se entregó á él. Los amantes, por imposición de Ana, que no quería arrojarse las consecuencias de su delito y no se creía capaz de disimular su pasión, huyeron, llevándose á la niña Luisita, y se establecieron en Savona.

El notario pidió para evitar el escándalo, y ni siquiera hizo gestiones para que le devolvieran la hija. Ana no quiso vivir con Mucchi para que su deshonra no recayese sobre la inocente Luisita. Habían, pues, los amantes en casas distintas, aunque Mucchi pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Ana, nunca fué oficialmente para los vecinos de Savona, más que un amigo cariñoso.

«Aunque, durante años, en plano idílico, Ana seguía hermosísima y su amor hacia Mucchi parecía aumentar con el tiempo. Mucchi continuaba también amándola tiernamente.

Luisa en tanto florecía y su belleza llegó á ser uno de los encantos de la ciudad de Savona. El verano pasado murió en Milán el notario, esposo de Ana, y ella creyó llegado el momento de regresar á su situación, casándose con Mucchi.

Desde aquel momento, el pintor empezó á frecuentar apenas la casa de su amante. Dejó de ir á sus visitas que eran breves. Mucchi, notándose en la inquietud y preocupación de Ana, tuvo un doleroso presentimiento. Por esas mismas semanas que los años, Ana, respetando el secreto de su esposo, se había pasado por ella sin dejar huellas imborrables. Sintió una inmensa angustia, y agitados cuantos recursos le pareció, se puso á buscar el modo de descubrir el corazón de Mucchi, decidido á descubrir toda la verdad.

El día 24 de Enero fué conducido á su última morada el cadáver de la virtuosa señora que se llamó doña Francisca Company de Ferrá y de Vich, cariñosa madre del culto periodista barcelonés D. José Vich y Company.

El entierro, que fué civil, asistieron gran número de amigos de la finada y de su atribulada familia.

En Sitges. Ha fallecido en Sitges el honrado obrero D. Salvador Mirabent y Vergés, quien dejó dicho en disposición testamentaria que su entierro fuese civil, como consecuencia de los ideales que en vida profesaba.

Su familia respetó la voluntad del finado, encargando á los fervorosos librepensadores D. J. Miró y R. Montané todo lo referente al entierro.

Los clericales pusieron algún obstáculo, pero en la alcaldía manifestaron que los entierros civiles eran tolerados por las leyes, y que por lo tanto, consideraban arbitrario atender al ejercicio de un derecho incuestionable.

Al entierro asistió la banda de música «La Palma», que rompió una sentida marcha fúnebre.

Llegados al cementerio civil, se procedió á la inhumación del cadáver, dirigiendo el ciudadano D. A. Bosch á la numerosa concurrencia una patética oración fúnebre encomiando las relevantes dotes y cualidades que adornaron al finado.

OBRAS DE «DEMÓFILO» DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE LAS DOMINICALES

Instrucción para enseñar el mecanismo de la lectura y escritura á los adultos en una semana.—Un ejemplar... 0,25 Cartilla Pastoral... 0,25 Paquete de 25 ejemplares... 4,00 Nuevos Evangelios. 1. «Qué es el Socialismo?—Ha tenido gran éxito en España y en el extranjero»... 0,25 «Qué es el Librepensamiento?—Segundo Evangelio»... 0,25 Batallas del Librepensamiento.—Colección de artículos (varios denunciados) de la primera época de LAS DOMINICALES... 1 Pasadas del momento.—Cuadros de la España mística del siglo XVI... 2 Radiofonismo y federalismo.—Folleto de propaganda republicana... 1 A los apócrifos y correspondientes el 25 por 100 de rebaja.

convitados nuestras de singular ternura, los recién casados fuéronse á una breve excursión. Por la noche volvieron á Savona y entraron en su hotel.

Luisa tuvo empeño en desnudarse sola y penetró en el dormitorio, del cual saltó á los pocos instantes dando horribles gritos. Mucchi entró sospechando que algo extraordinario ocurría y vió, tendido en el lecho nupcial, el cadáver de Ana.

Sobre un velador había una carta en que la desventurada mujer confesaba que se daba la muerte porque ya no podía resistir más el dolor de ver á su hija en brazos de Mucchi.—«Tegesch».

CONTRA EL CARNAVAL

En El Balaarte, se publicó el año anterior este vivo y digno artículo: «Nota desista.—Da lo que fuera una fiesta peregrina, culta é ingeniosa, sólo nos ha quedado el mal olor.

El Carnaval en Sevilla huele á sumidero. No es la prostitución descarada, sin vergüenza ni decoro, pero con el arte de la lascivia, con el ingenio sutil y la belleza, unas veces natural, otras veces en la indumentaria; sino la bajonería chocarrera, ineducada, rústica, asquerosa, y las más de las veces hasta criminal.

Estos tres días de Carnestolendas, parecen destinados en Sevilla para arrojar el estiércol casero en medio del arroyo.

La niña curuj, olvidándose del aseo interior, se barniza el rostro tábido de máscara de rifa, y se coloca en el balcón de casa á molestar á todo viandante que pase inadvertidamente por debajo... Unas veces hace la gracia de romperla el sombrero, y otras veces se le tira cascado del fango... ¡Y risa y más risa! La gracia queda impune cuando pasa un hombre con educación y buen gusto y cuando ve, en la familia de la muñeca, ojos cosas deliciosas...

Otras veces va usted por su camino, y cualquier zamaco, aprovechándose de la concurrencia, le tira un pelotazo y le salta un ojo. ¡Qué risa!

A todo esto, los agentes de la municipalidad y de la vigilancia cuidando en las bocacalles de que los coches vayan en fila, para que haya armonía en esa procesion de riquezas y trapos que se exhibe en concurso á la pública curiosidad que va á pie.

Y nada más, porque esos pobres vociferadores que van en carro turbando la tranquilidad y llenando las ondas del aire de herresos inarmónicos con el fin humano de ganarse el jornal divirtiéndose y divirtiéndose, a nadie molestar á los «la Pólvora» con sus vítores, á la cultura con sus diharresos y á quien los aguantan con sus bombones.

En los bailes, ya es otra cosa. El templo de Terpsícore se conserva puro de la Tabacalera.

La Sección de Higiene se ve privada en estas noches de exigir la patente legal con que el vicio y el Gobierno tienen hecho su Concordato.

Hay libertad, libertad omnimoda, restringida únicamente por el garrote marital, bruceo y fustelero, ó por las sorpresas desagradables de la mujer indomita, que estimula el escándalo como medicina más preclida que la persuasión y el cariño.

Viejos y jóvenes, curas y seglares, contentos y descontentos, dejamos la vergüenza con la capa en la guardarropa, y nos vamos derechos al ambigro para entregar el dinero que le debemos al teatro.

Porque el hospital es el encargado de reparar los perjuicios.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN. Así habla un hombre de las ideas nuevas, un ferviente republicano y revolucionario. El Carnaval es un inmundo legado de la Tradición católica. Pecar y recibir la absolución: así era la vida bajo la Iglesia. Detrás del Carnaval, la cuarsma; tras la orgía, la penitencia. «Tenéis permiso», decía la Iglesia á sus fieles, para entregarlos á todos los delitos de la concupiscencia, pudiendo cubrirlos el rostro á fin de ocultar hasta el pudor y gozar sin tasa de la licencia. Luego ayunáis y confesáis, y el pecado queda completamente borrado.

Esos es un infame ultraje á la moral. La virtud no admite excepciones. La honradez no usa jamás careta. El disfraz es una degradación de la personalidad humana, y nuestros tiempos de derecho y de justicia, no pueden tolerar más esa violación indigna, sensaal, asquerosa.

El Carnaval debe desaparecer. Autoridades católicas, autoridades protectoras de la bacanal y de la orgía, fuera, fuera!

EL GRAN FARSANTE

Hasta El Imparcial, cuyo corresponsal portugués procura quitar importancia á cuanto ocurrió en Portugal, comienza á alarimarse y á negar que Juan Franco es un farsante pueril. Habla del dictador portugués y dice: «Háblame de quien inventa esas estupidas conspiraciones, que con unas docenas de revólvers amenazan dar al traste con la monarquía lusitana. Con tales arbitrios Jorge Joaze Franco amedrenta á las velasas conservadoras y, al mismo tiempo, justifi-

car las prisiones de republicanos, las suspensiones de míting electorales y el silencio impuesto á la prensa. Con invenciones como esas va preparando Franco también el terreno para obtener del rey el decreto de suspensión de garantías, que en último caso será su suprema arma electoral, para aplazar las elecciones al llegar Abril, ó para realizarlas en medio de tal presión, que sea imposible al partido republicano llevar un sólo diputado á las Cortes.

Claro es que esto es un juego harto peligroso y que puede romperse la cuerda antes de que Joao Franco la haya anudado completamente á su gusto.

Menos mal que ya le van conociendo hasta los más ciegos. Juan Franco, como todos los grandes farsantes que viven de la tramoya, el engaño, la mentira, sin respeto á derechos, vidas y haciendas de los demás, reventará cualquier día como globo inflado de huao que hiere la chispa eléctrica.

Todo eso estaba escrito días antes de la catástrofe; pero he aquí que el mismo día primero por la mañana, El Imparcial, desmintiéndose á sí propio, da cabida á la información engañosa de su corresponsal de Lisboa donde éste le afirma que allí no pasa ni pasará nada.

La «Liga de los Derechos del Hombre» POR NAKENS

La «Liga de los Derechos del Hombre» francesa, que ha venido á ser una fuerza jurídica de primer orden, ante la cual se inclinan todos los gobiernos franceses, ha acordado en una reunión celebrada en Nantes, la siguiente «Orden del día».—La «Liga de los Derechos del Hombre y del Ciudadano», en Asamblea general reunidos en Nantes en 15 de Diciembre de 1907:

Considerando que Nakens está preso desde hace cerca de diecinueve meses, por haber dado hospitalidad de una noche á un sér humano en absoluto desamparo y que se le hubiera pedido bajo juramento de honor de guardarle el secreto;

Considerando que es preciso apreciar el acto de conmiseración y no la persona en cuyo beneficio fué efectuado;

Considerando que está establecido y probado que Nakens no participó jamás de las ideas de destrucción del hombre que se acogió á su generosa y desinteresada protección; que no obró al socorrerlo más que movido por la más sublime idea de altruismo.

Que obrando como lo hizo, probó una vez más que pertenece á la parte más perfecta de la humanidad, á la cual honra, la «Liga de los Derechos del Hombre» en París y en Nantes, se une á la elocuente súplica iniciada por Pérez Galdós y firmada por el general López Domínguez, marqués de la Vega de Armijo, Moret, Canalejas y los hombres más eminentes de España y del mundo civilizado.

Suplica á S. M. el Rey de España que escuche la voz de su conciencia y los consejos de los que han sido sus ministros muchas veces, y no los de aquellos cuyos corazones están cerrados á todo sentimiento de generosidad, para usar del privilegio que la Constitución le confiere, otorgando la libertad á Nakens, Mata é Ibarra. Pensando en su tierno niño, el rey no dudará un solo instante y devolverá enseguida á sus tres padres á sus desconocidas familias.

La Asamblea general de la «Liga de los Derechos del Hombre» en Nantes, después de haber oído y examinado la moción presentada y defendida por el doctor Sánchez de Silveira, la adopta y vota por unanimidad. Confiriere asimismo por unanimidad al doctor Sánchez de Silveira, amplios poderes para que obré en nombre de esta Liga en favor de Nakens, Mata é Ibarra.»

Los autos de fe en España.

«El día antes de la ceremonia, una procesion compuesta de carboneros, de dominicos y de familiares, salía de la catedral, á la luz de las antorchas; se dirigía hacia la plaza y plantaba cerca del altar una cruz verde cubierta de un crespon negro. Los dominicos se quedaban cerca de ella de guardia y pasaban toda la noche salmodiando el canto de los difuntos.

«Alas siete de la mañana, el rey, la reina, los príncipes y toda la corte aparecían en los balcones; algunos instantes después una procesion salía del santo oficio. Cien carboneros, armados de picas y moquetes, abrían la marcha; este privilegio lo gozaba únicamente su gremio con tal de proporcionar la leña y carbón para quemar sus parientes y hermanos; seguían luego los dominicos, precedidos de una cruz blanca, detrás de ella velase al duque de Medinaceli con el estandarte de la Inquisición en la mano, á consecuencia de un privilegio concedido á su familia. Este estandarte se hallaba formado de una tela color sangre teniendo en un lado las armas de España, bordadas en oro, y en el otro una ródada por una corona de laurel; los grandes de España y las familias del santo oficio escoltaban al duque. Detrás de ellos y en dos filas iban los infelices condenados á ligeras penitencias, sin distinción de edad ni sexo, con la cabeza y los pies desahucados, vistiendo un sambenito de tela con una gran cruz de San Andrés pintada en el pecho y en la espalda; estos eran acusados de primera clase; los de segunda se hallaban condenados á galeras, azotes ó á la cárcel; se encontraban separados de la primera categoría por un intervalo de soldados y capuchinos; la tercera se hallaba

separada de igual modo de la segunda y se componían de los que habían confesado sus profundos crímenes en el tormento habiendo alcanzado el favor de ser estrangulados antes de que se les echase en la hoguera; vestían un sambenito en el que se veían pintado llamas y demonios, llevando un birrete de cartón de unos tres pies de alto, llamado coroa y adornado igualmente con figuras infernales. Los obstinados, los relaposos y todos los que debían ser quemados vivos, formaban la última clase, vestían como los anteriores, con la diferencia de que las llamas pintadas en el sambenito eran ascendentes; algunos iban amordazados y comuñados los inquisidores tomaban esta precaucion con jóvenes mujeres que habían violado, ó con niños sobre los cuales habían ejercido su lujuria horrible; todos los individuos de esta categoría iban escoltados por dos familiares y dos frailes.

«Cada condenado, fuese cualquiera su clase, llevaba un cirio amarillo en la mano; los que no podían andar y los que tenían las piés encerrados en horsegues seguían la procesion en un carro. Después de los vivos seguían los muertos; pues ninguno de los que habían espirado en el tormento evitaba la infamia del auto de fe y cada cadáver se hallaba colocado en un féretro sobre el cual se levantaba una effigie de cartón que llevaba el nombre de la víctima.

«Una inmensa cabalgata compuesta de condesesores de la suprema inquisición y de los miembros del clero, cerraba la marcha; y detrás de todos, escoltado por su guardia de corps, iba el gran inquisidor con un traje color violeta y montado en un caballo magníficamente engarzado. Cuando el cortejo llegaba á la plaza, todo el mundo se dirigía al sitio que se le había indicado; luego un sacerdote celebraba el dictio officio hasta el evangelio; después el gran inquisidor dejaba su sillón y revistiéndose con una capa y una mitra, se acercaba al real balcón para que el soberano hiciese un juramento por el cual los reyes de España se obligaban á continuar en la fe católica, á extirpar la herejía y á proteger con todo su influjo al tribunal del santo oficio. El rey poniéndose de pié y con la cabeza descubierta, pronunciaba la fórmula del juramento, la cual repetían los circunstantes; luego un dominico subía al púlpito y hacía un sermón donde elogiaba los servicios que la religión prestaba con el santo oficio; por fin el relator leía en alta voz las sentencias de los condenados, quienes la escuchaban metidos en una jaula de rodillas. Después se les conducía al anfiteatro en los sitios que se les había reservado para antes ir al suplicio.

«Concluida la misa, el gran inquisidor dejaba nuevamente el sillón y pronunciaba la abolicion de aquellos que se habían reconciliado con la Iglesia; en cuanto á los otros condenados eran entregados á la justicia secular, colocados en sapos y llevados procesionalmente al quemadero, donde se hallaban tantos montones de leña como víctimas. Se empezaba por quemar las estatuas de cartón y los cadáveres; luego se ataban los condenados á los postes que se levantaban en el centro de cada montón de leña y la única gracia que se concedía á algunos consistía en preguntárles si querían morir como imanos cristianos; si decían sí, el verdugo los estrangulaba antes de pegar fuego á la leña; en cuanto á las otras víctimas, las llamas los devoraban mientras ellos cantaban un himno de alabanza á Dios. Tales eran las formalidades de estas bárbaras ejecuciones que los frailes llamaban autos de fe.

«En un auto de fe un protestante gritó al pasar frente al trono real: «¡Oh príncipe poderoso; gozáos de ver atormentar á vuestros súbditos; salvados de la cruel muerte que no mereceremos! Felipe II, replicó: «No, maldito; ir al fuego eterno y sabed que yo llevaría la leña para mi hijo si fuese acusado de herejía.»

Tales son los autos de fe que el pueblo español renunció y aplaudió durante muchos siglos, y más de 120.000 personas entre españoles y extranjeros fueron condenados inoportunamente á morir en la península para la mayor gloria de Dios.»

El capelo de Don Gregorio.

Leía yo, días pasados, la Gaceta de Madrid, y tropecé con lo siguiente: «Proyecto de Ley.—Artículo 1.º Se concede un crédito extraordinario de pesetas 25.000 á un capítulo adicional del presupuesto del Ministerio de Gracia y Justicia, con destino al pago de los gastos de imposición del capelo cardenalicio, al arzobispo de Burgos, D. Gregorio María Aguirre.»

Terminé la lectura y me quedé como quien ve visiones. ¡Pero señor, me preguntaba yo, no estará sufriendo! ¡Será esto posible todavía, en el siglo XXI! Y me restregaba los ojos pasándome la mano por la frente, cómo queriendo aclarar vista y entendimiento, pero nada, allí estaba grabado por la imprenta. Aun quisiera hacerme la ilusión de que la Gaceta mintiera. ¡Es tan mentirosa esa señorial Mas esta vez no ha mentido, para desgracia del pobre contribuyente español. Es un hecho ya. Las Cortes han aprobado ese proyecto de ley; y por consecuencias allí van ya, camino de la ciudad del Papamoscas, las 25.000 pesetas. ¡Bontia cifra, para sustraer de la emigración y vergonzosa que presenciamos, á veinticinco familias indigentes!

Pero ahora, desde que la sabía y discreta República francesa ha cerrado el botellito á esa catarva de vividores, el Papa dirá que nosotros somos los predilectos hijos de la Iglesia y no los franceses, y por eso; naturalmente, nos prodigará capelos, y largando dosis de veinticinco mil pesetas, asegurándonos así la patente que hace tiempo disfrutamos de mentecatos é ignorantes. ¡Pobre España y cómo se reirán de ti por esos mundos!

«UN LIBREPENSADOR. Tharsis, 16 Enero 1908.

BIBLIOGRAFÍA

«Qué es la Masonería moderna?—Traducción directa del alemán, por Jelen; g.º 38. Biblioteca del Masón Moderno, Atocha, 147. Madrid. Precio 0,50 pesetas. Exposición sumaria del ideal masónico conforme al sentido y espíritu alemán.

Dois Dias D'Ociosidade Na Suíca.—Um Atheu e um theologo, por Dr. Decoma. Sentida, pura, elevada poesia, en que se representa la discusión serena de un deista y un materialista, sentados junto á emugosa pedras, teniendo á los piés el azul del lago de Ginebra, á lo lejos el Monte Blanco y detrás el sombrío Monte Jura.

Los crímenes del confesonario: Historia del padre Junco.—Por R. Orriá. Bartolomé Mitre. Buenos Aires, 1907. Opúsculo publicado por el batallador periódico de Buenos Aires, El Paladín, donde se relatan las hazañas del fraile tunante que reclutaba por docenas las amantes en el confesonario. Tres ediciones se llevan hechas del opúsculo, que tiene un interés sugestivo.

El celibato de los curas.—Novela de propaganda librepensadora, por Francisco Gicca. (Tercera edición.) Chilvilcoy (Argentina). Está escrita con la maestría y la pasión anticlerical que distinguen al fogoso director de El Progreso.

«Son eterna las penas del infierno? Casa editorial de Carbonell y Esteva.—Rambla de Cataluña, 118, Barcelona. Precio, 0,25 pesetas.

Interesante folleto donde se reproduce la ruidosa polémica sostenida en la prensa de Manila (1902), por D. Salvador Pons, uno de los sacerdotes católicos más ilustrados y mejor inclinados, contra los fanáticos y despreciables dominicos de la Universidad de San Juan de Letrán.

Desamortización del capital: Su influencia en las instituciones jurídicas, por D. Aurelio Velasco Padrino, ex-oficial del Consejo de Estado y secretario de Sala del Tribunal Supremo.—Precio, una peseta; Quintana, 25, Madrid.

Es un estudio publicado por cuadernos, que merece sería y atenta reflexión de los poderes públicos y de cuantas personas quieren conocer á fondo la grave cuestion sobre que versa. (Van publicados dos cuadernos.)

La Moral Católica: La Sollicitación.—San José de Costa Rica, imprenta de Avelino Alcina, 1907. Estallido de justa indignación contra la moral corrompida de San Alfonso de Ligorio, maestro de los confesores á quienes entregan sus esposas y sus hijas los borregos católicos.

Librepensamiento en acción.

En Barcelona. El día 24 de Enero fué conducido á su última morada el cadáver de la virtuosa señora que se llamó doña Francisca Company de Ferrá y de Vich, cariñosa madre del culto periodista barcelonés D. José Vich y Company.

El entierro, que fué civil, asistieron gran número de amigos de la finada y de su atribulada familia.

En Sitges. Ha fallecido en Sitges el honrado obrero D. Salvador Mirabent y Vergés, quien dejó dicho en disposición testamentaria que su entierro fuese civil, como consecuencia de los ideales que en vida profesaba.

Su familia respetó la voluntad del finado, encargando á los fervorosos librepensadores D. J. Miró y R. Montané todo lo referente al entierro.

Los clericales pusieron algún obstáculo, pero en la alcaldía manifestaron que los entierros civiles eran tolerados por las leyes, y que por lo tanto, consideraban arbitrario atender al ejercicio de un derecho incuestionable.

Al entierro asistió la banda de música «La Palma», que rompió una sentida marcha fúnebre.

Llegados al cementerio civil, se procedió á la inhumación del cadáver, dirigiendo el ciudadano D. A. Bosch á la numerosa concurrencia una patética oración fúnebre encomiando las relevantes dotes y cualidades que adornaron al finado.

OBRAS DE «DEMÓFILO» DE VENTA EN LA ADMINISTRACIÓN DE LAS DOMINICALES